

La historia de la salvación

Hno. Alejandro Mejía Pereda fms

1. Introducción

Todo catequista digno de tal nombre es un verdadero comunicador, una persona que pronuncia palabras con sentido, que resuenan con profundidad en la mente y en el corazón de quienes lo escuchan. El auténtico catequista transforma la vida personal de sus catequizandos, anima la vida de la comunidad e influye en los cambios estructurales de su sociedad. El valor de sus palabras no proviene de su propia sabiduría sino de la fuerza de la Palabra de Dios que él proclama como portavoz o profeta. Su mediación es fundamental en la vida de la Iglesia.

Este mediador del mensaje salvífico de Dios es consciente de las exigencias de su labor. Hoy más que nunca se le pide que sus palabras constituyan una iluminación para las realidades históricas de la vida humana. Su mensaje es acogido cuando, en nombre de las realidades trascendentes, hace descubrir el sentido de las grandes y pequeñas cosas de la vida. Así, mediante el anuncio de las profundas dimensiones de la existencia, su mensaje se hace significativo.

El catequista se encuentra entre dos extremos erróneos: el trascendentalismo, que por mirar las cosas del cielo olvida las de la tierra, y el historicismo, que hace de la historia un absoluto, negándole todo sentido fuera de ella misma y afirmando un desarrollo sin fin. Por el contrario, es en base a la trascendencia que la visión cristiana capta el sentido de la vida y la convierte en la realización histórica de la vida eterna que tendrá su consumación más allá de la historia.

El cristianismo propone el auténtico humanismo como realización histórica de la verdadera fraternidad. Así, el pensamiento cristiano ordena el amor al prójimo, el respeto a su vida y sus derechos individuales y comunitarios. Se trata del amor al prójimo que salva del pecado, de la injusticia y de la opresión, y coopera en la construcción de un mundo más humano y fraternal. Esto es posible precisamente porque relativiza los valores mundanos y pone los bienes terrenos al servicio del hombre y éste al servicio de Dios. Sólo en este horizonte de superación de lo mundano se humaniza la historia y se da sentido a la fraternidad humana.

2. La historicidad de la salvación

La historia se da como tensión entre el pasado y el futuro. El pasado, que en parte ha desaparecido, perdura en sus frutos; todo lo que hoy

somos es consecuencia del pasado. Tampoco el futuro es ajeno al presente, pues éste se diseña en función del porvenir, que en parte es intentado y en parte sobreviene. De ahí que la vida del hombre consiste en cosechar el pasado y sembrar el futuro. Es apertura al ayer y al mañana. Sólo así vive la persona un auténtico presente, como presencia que une el pasado, sustraído y conservado, y el futuro, que sobreviene y está por hacer.

La salvación comienza con la creación, con el don del ser que nos hace Dios, con esa hambre y sed de plenitud que es inherente a la existencia humana. La perspectiva que nos da la Biblia sobre la salvación consiste en una secuencia de acontecimientos que constituyen un proceso de fe, vivida con sentido de responsabilidad histórica, como herencia del pasado y apertura al futuro.

Por eso, podemos decir que si la salvación se nos da en la historia, también se nos da como historia. De modo que ignorar la historia salvífica es quedar prisionero en un mundo cerrado, sin trascendencia ni salvación. La vida humana auténtica da sentido al presente, recogiendo el mensaje de los acontecimientos salvíficos pasados y encauzándose hacia la plenitud futura.

Lo que la Escritura nos revela no es el misterio de Dios en sí, sino el plan salvífico al que nos invita a participar activamente. La Buena Noticia es la invitación proclamada en la historia para renovar la historia y llevarla a plenitud. Por tanto, la evangelización tendrá que referirse a la historia a partir de la historia de la salvación. La catequesis consistirá en hacer resonar el mensaje sobre la historia, reviviendo la Palabra de Dios y reinterpretando desde ella la historia actual.

3. La historia salvífica en la Biblia

Las tradiciones mosaicas revelan una responsabilidad histórica, que se torna clara conciencia histórica ya en los primeros tiempos de la monarquía, a raíz de la vocación singular de Israel. La mirada hacia el pasado comprende básicamente la elección de Abraham, el pacto de Dios con los patriarcas, la liberación de Egipto y la alianza del Sinaí. Así lo describen los más antiguos credos israelitas (Jos 24,213; Dt 26,510).

La tradición yahvista encuadra la elección de Abraham y la alianza en la perspectiva de la creación. Los relatos del paraíso, la caída y la promesa están en relación con Abraham, en base a la conciencia de ser un pueblo elegido: "Yo os haré mi pueblo y seré vuestro Dios" (Ex 6,7).

Ante la triste experiencia de la monarquía, los profetas completan la visión de la historia de la salvación, mediante la promesa de un futuro reino mesiánico. Aparece entonces la idea del pequeño resto y la dimensión universal del reino de Dios.

La teología deuteronomica plasma su visión histórico-salvífica en los primeros libros históricos, como fruto de una profunda meditación sobre los acontecimientos vividos por el pueblo israelita, en base a su fe yahvista.

Los fracasos político-sociales, desde las deportaciones a Babilonia, el destierro y las desilusiones del retorno, hasta el sometimiento a los griegos y romanos, no acabaron la fe y la esperanza del pueblo israelita. A través de todo el Antiguo Testamento cruza una expectativa, que se acentúa al acercarse la era cristiana. Dios purifica y reactiva la conciencia histórica de Israel a lo largo de los siglos, desde su primitiva vida religiosa hasta la expectación de los tiempos mesiánicos.

Todo esto hizo vivir la historia al pueblo israelita desde una perspectiva de alianza con Yahvé, en continua referencia a las maravillas que en el pasado hizo en favor de su pueblo, y ante la expectativa del futuro reino de Dios.

Llegada la plenitud de los tiempos, el Nuevo Testamento nos muestra a Jesús como el centro de la historia de la salvación. Su encarnación en María, su nacimiento y vida oculta son preámbulos de su vida pública, y ésta se encamina hacia su pasión, muerte y glorificación. El misterio pascual es el centro de la historia salvífica, de donde brota el desarrollo de la Iglesia a través del tiempo y del espacio, por la obra del Espíritu Santo. El la anima y guía en medio de las vicisitudes del mundo, hacia el final de la historia, cuando venga el Señor Jesús el día de su parusía o presencia y Dios sea todo en todos.

La línea histórica de la salvación, cuyo climax es Jesucristo, se caracteriza en que todo lo anterior está encaminado hacia El y todo lo posterior se deriva de El. Esto marca la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Moisés aparece como el gran legislador de Israel, pero es sólo un antecesor y figura de Jesucristo, definitivo legislador no sólo de Israel sino de toda la humanidad. Por su parte, la Iglesia no tiene razón de ser sino en relación con Jesús resucitado y el Espíritu por El enviado para animarla y guiarla en su obra de salvación.

Esta visión histórico-salvífica de la Biblia determina el enfoque de los contenidos teológicos, cristológicos, soteriológicos y eclesiológicos, así como los sacramentos, la liturgia, la moral y la escatología. Todo parte de la historia salvífica y todo es su continuación. Esto hace que teología y pastoral estén íntimamente unidas.

De ahí que las confesiones de fe cristiana, desde las más primitivas (1 Co 15,3-4) hasta las profesiones de fe o credos más desarrollados del Nuevo Testamento, tengan el mismo esquema fundamental histórico-salvífico. Igualmente se ha estructurado la liturgia, con sus tiempos y celebraciones, centrada en el memorial de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Las catequesis antiguas de los padres apostólicos y posteriores revelan una perspectiva histórico-salvífica.

Si en la Edad Media la Escolástica sustituyó el planteamiento tradicional por un análisis ontológico, hoy se ha abierto de nuevo camino la visión teológica y pastoral con base en la historia de la salvación.

4. Pautas histórico-salvíficas para los catequistas

La historia de la salvación nos da un panorama del actuar divino difícil de sintetizar, ya que abarca muchos siglos y diferentes pueblos, culturas, costumbres, situaciones y mentalidades. Pero una visión de conjunto permite obtener las "constantes" del obrar de Dios, base y guía para la labor evangelizadora del catequista.

1. La revelación divina es progresiva. Como un padre prudente conduce a su hijo en la vida, paso a paso, el Señor ha guiado sabiamente a su pueblo (Israel y la Iglesia), dándole a conocer poco a poco su plan salvífico. Su modo pedagógico de actuar se adapta a la evolución de personas, comunidades y sociedades.

2. El Señor se muestra respetuoso de la naturaleza libre de los hombres, a quienes invita e insiste, pero nunca somete por la fuerza. Asimismo, Dios se muestra libre en su creación y la elección que hace de pueblos y personas. A todos los llamó a la salvación, pero sólo con unos hace alianza y les revela sus secretos.

3. El Señor se muestra como padre bondadoso que procura siempre el bien de sus hijos con solicitud. Dios es amor, es una descripción histórico-salvífica. El amor es el principio supremo de su revelación, el cual rige toda la historia de la salvación.

4. El actuar divino es trinitario: todo nos viene del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es asimismo cristocéntrico: todo está referido a Jesucristo como máxima manifestación de Dios en la historia. Es también comunitario, pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo actúan como un solo principio y llaman a los hombres a formar una comunidad de salvación.

5. Dios actúa la salvación penetrando en la historia, llegando a encarnarse, y relacionándose con los hombres mediante palabras sonoras, acciones y objetos palpables, ritos y acontecimientos visibles.

5. La labor catequística como parte de la historia salvífica

La Historia de la Salvación prosigue y estamos llamados a participar de ella. La labor del catequista consiste básicamente en actualizar la salvación mediante su ministerio de educación en la fe. La Palabra de Dios, transmitida en las palabras humanas del catequista, salva hoy a quien la escucha, repercute en su entorno e invita a vivir según Dios como hermanos en un mundo renovado.

La Palabra eterna, enviada al mundo por el Padre y siempre dinamizada por el Espíritu, se hizo Palabra revelada a los hombres (cfr. Jn 1,9) y después Palabra encarnada (cfr. Jn 1,14). Los hechos iluminados por la Luz de los hombres se convirtieron en acontecimientos de salvación,

primero vividos, luego narrados y, por fin, escritos. La comunidad convocada, convertida y animada por la palabra de los profetas y los escritos de los hagiógrafos, formaron la comunidad creyente. Su fe hizo que vivieran las realidades históricas en perspectiva salvífica, formando la tradición viva de un pueblo escogido.

La proclamación, explicación y aplicación de la Palabra divina mediante la educación de la fe y la predicación vuelven hoy a formar la comunidad creyente actual. Los ministros de la Palabra y, en especial, los catequistas, iluminan la vida de los fieles y les hacen vivir la historia de modo salvífico, en base a los valores evangélicos. Así continúan la misión que el Padre ha dado al Hijo con el divino Espíritu, de convertir los hechos de la vida humana, en sí mismos ordinarios y pasajeros, en obras de salvación eterna.